

EMILIO BOBADILLA (Fray Candil)

Por: J.R.V.

Tomado de: Civilización 1940 No. 329

Allá por los años de 1898 –en los estertores del moribundo siglo XIX– estuvo de tránsito en esta ciudad, durante algunos meses, el entonces renombrado escritor, poeta y crítico cubano Emilio Bobadilla, el célebre Fray Candil, muy popular por sus rebeldías literarias y por su bisturí de crítico acerbo e irreductible.

Era Bobadilla por ese entonces un joven hasta de treinta años de edad, de elegante figura, de facciones y porte distinguidos.

Venía Fray Candil precedido de cierta fama porque sus libros habían llegado a esta ciudad y eran conocidos y leídos por los amantes de la literatura; quizá más numerosos entonces que hoy en *Ganga*. Fue Bobadilla escritor notable, poseía agudo ingenio y espíritu analítico, tenía algo o mucho de psicólogo: su estilo era conciso, nervioso, casi epiléptico: padecía de la enfermedad literaria tan común entre escritores, llamada *citomanía*, pues amontonaba citas y más citas de autores antiguos y modernos, sin tasa ni medida, lo cual daba a muchos de sus escritos un tono de erudición engañosa. No eran originales sus críticas, puesto que tomaba como modelos las de Valbuena, sin poseer la vasta erudición filológica de éste, ni su gracia y humorismo. Por el contrario, sus críticas eran agrias, agresivas e hirientes, y parecía poseído del morboso anhelo de aniquilar a sus criticados.

Conocimos personalmente a Bobadilla durante su estada en Barranquilla, y lo veíamos a diario en el establecimiento *La Mina*, de propiedad de don Octavio Pardo, situado en la casa de esquina diagonal a la del Cañón Verde, a donde acudía el crítico en horas de la noche a tomar fresco y “frescos”.

Hizo la presentación de rigor el dicho don Octavio, y Bobadilla sintió no disimulado regocijo cuando le dijimos que habíamos leído sus libros, y mayor aún cuando le informamos que en un insignificante trabajo que habíamos publicado años atrás (1894), lo mencionamos, y aún citamos algunos pensamientos suyos. Entonces exclamó: “Luego no soy un desconocido intruso”.

Las pláticas eran en extremo amenas y divertidas, porque si Sancho Panza era un “costal de refranes”, nuestro contertulio lo era de “chistes”, los más pornográficos; y poseía un repertorio inagotable de cuentos salerosos de la misma índole; si bien en otras ocasiones hablaba seriamente de los grandes autores franceses de su predilección: Prevost, France, Flaubert, Faguet.

II. A mediados del año que hemos mencionado, fue invitado Bobadilla por un grupo de caballeros amigos a un paseo por el río Magdalena, a bordo del vapor “López Penha”, que zarpó en las primeras horas de la mañana del domingo 5 de junio con destino a Remolino, lugar terminal de la excursión. En aquellos tiempos eran frecuentes estos paseos, y de esa guisa se celebraban algunas fiestas clásicas y sociales.

Escribió y publicó nuestro huésped –por malos de sus pecados- con espíritu exento de malevolencia sin duda, en el viejo periódico *El Promotor*, una crónica festiva del paseo; pero lo hizo en términos tan inusitados e inconvenientes, que causaron una explosión de justa improbación y reprobación. Estaba en moda entonces la escuela literaria llamada *realista*, que rayaba en obscena, de la cual eran portaestandartes Zola en Francia y López Bago en España, para no nombrar otros; y en la novela, en la revista, en el periódico, se usaba y abusaba de formas reñidas con la honestidad, tal vez por el deseo de algunos escritores de que no se les calificara de atrasados y

retardados. Ello es que se impuso esa literatura al desnudo, y Bobadilla cedió virtualmente a su avasallador influjo. Pero desde que circuló *El Promotor* con la despampanante crónica del paseo, Bobadilla perdió su prestigio y fue objeto de anatemas, repulsiones y menosprecio. Seguramente esas manifestaciones hostiles incubaron en su alma el germen de un rencor inextinguible que se manifestó años más tarde en forma implacable y mordaz.

Copiamos algunos párrafos de la revista que motivó las protestas:

“A bordo del barco comenzaron los comentarios, las risas, las libaciones que envuelven el espíritu en esa semi penumbra de ensueño tan simpática cuando no degenera en embriaguez. Poco después, ya en pleno río, principió el baile; todo ligero, aéreo, movedido; el barco danzaba blandamente sobre el dorso del Magdalena que se extendía a lo largo desarrollando sus ondas en suave y apenas sentido vaivén; en la cubierta, elegantes parejas arrebatadas en locas vueltas por el remolino del vals; olor a carne fresca de mujer hermosa; aroma silvestre que salía de las frondosidades de las márgenes; luz y calor; todo múltiple de sensaciones naturales que ponían en tensión gratísima las fibras nerviosas.

“Cuánta mujer elegante y simpática se había reunido allí para martirio de los que sabemos admirar el triunfo de la curva tentadora! El hombre realmente se ha civilizado mucho. Cómo explicarse si no, que bajo el influjo ardiente de aquel día, en pleno río, estimulados por la música, y llamados continuamente a los deleites del amor, por la presencia de tanta linda mujer, guardásemos todos el respeto y la consideración impuestos por la práctica social. Devorábamos mentalmente las radiantes formas, los ojos saturados de melancolía sensual, los labios enrojecidos y entreabiertos, el seno jadeante de las colombianas que pasaban ante nosotros en vertiginoso giro, medidas como en un sueño por los acordes de los instrumentos; pero, nada, el freno social contenía la impulsividad primitiva que siente todo hombre en presencia de una mujer hermosa”.

Luego enumeraba a las damas que asistieron a la fiesta y las describía con brochazos vigorosos:

“Entre las señoritas que tuvimos el gusto de ver en tan agradable fiesta recordamos las siguientes: Esther Cortissoz, de arrogante belleza, y Raquel, su hermana, no menos encantadora y viva, Lilia y Esther Senior, de presencia distinguida y ojos inteligentes; Dora, Nelly y María Siefken, a quienes un revistero al uso compararía con fragantes flores; Enriqueta y Mercedes Vengoechea, que tienen algo de la mimosa belleza de los lirios y de la esbeltez de las palmeras, Josefina Arrázola, cuyas formas mueven a pensar en una ánfora etrusca; Rosa Aycardi, tipo de linda criolla de dulces y tiernos ojos, cuya imagen ha reproducido exactamente en admirable grupo el notable artista Francisco Valiente; Berta Figueroa, de aquilino perfil, despejado ingenio y ojos de indefinibles cambiantes, cubana que a más de sus prendas personales une el ser hija de uno de los más ilustres oradores de la grande Antilla; Dolores Peterson, colombiana de origen germánico, rubia, blanca y esbelta como una mujer de Rubens, de clara inteligencia, conversación instructiva que se desliza en una prosodia entre cortada y nerviosa; Clementina y Laura Strunz, sencillas, modestas y de insinuante atractivo; Flor de María Lascano, en cuya luz pálida y tersa de marfil se mueren de amor dos ojos lánguidos de indefinible tristeza crepuscular; Julia Pochet, pimpollo de gracias irresistibles, de facciones correctas, mirada en que se forjan ensueños orientales; Lastenia, Matilde, Fidelina y Rosa Noguera, hermosas, de cultas maneras, y María Roncallo, atractiva y simpática.

Entre las señoras figuraban la de Cortissoz, que tocó el piano con el gusto y maestría que acostumbra; Senior, Price [de perfil

egipcio], Siefken, Strunz, Lascano, Correa, Gerdtz, trigueña y deliciosa, Arrázola de Fuenmayor, en cuyo semblante se refleja la bondad, Roncallo, discreta y amable, Noguera, y Aycardi, digna madre de la incomparable Rosita”.

A los caballeros que asistieron al paseo, los mencionaba así: “Vimos a los siguientes señores: Capitán Arturo Salas, cuyo exquisito trato apenas hay palabras con qué elogiar, Jacob Cortissoz, Pedro Noguera, Emilio Vengoechea, Luis G. Pochet, M. Siefken, Dr. José Fuenmayor, Arturo Aycardi, Alejandro A. Correa, Enrique A. Correa [enemigo irreconciliable del seguro de vida, lo que no quita que sea un joven extraordinariamente amable], Benjamin T. Senior, Henry Held, Henry Price, W. Gerdts, Julio Freund, Rodolfo Cortissoz”.

III. Editó Bobadilla muchos libros contentivos de sus escritos dispersos en periódicos de Centro y Sur América, y recordamos los siguientes: *Capirolazos*, *Solfeo*, *A través de mis nervios*, *Bulevar Arriba*, *Bulevar Abajo*, *Con la Capucha vuelta*, *Sintiéndome vivir*, *Grafómanos de América*, *Muecas*, y *Baturrillo*. Publicó también un tomo de sus poesías, con el título de *Vórtice*, en el cual figuran los versos dedicados a Bogotá, a los cuales se les puso música, que comienzan así:

*Bogotá melancólica,
cómo oprimes el pecho
con tus cerros ingentes,
con tus cerros sombríos.*

*Bogotá melancólica,
tu silencio de ruinas,
tu silencio de muerta ciudad insepulta,
cómo cae sobre el alma,
sobre el alma que llora tristeza o cuitas.*

No fue muy afortunado como novelador, pues sus ensayos *En la Noche Callada* y *En Pos de la Paz*, no tuvieron ni mediano éxito. Carecía de la imaginación dramática de Zamacois, Insua, y de otros de aquella época. Antes había publicado otra novela muy resonante con el título *A fuego lento*, en la cual, como obra de las llamadas de *clave*, intentó —no sabemos seguramente si lo consiguió— pintar a algunos personajes de la incipiente Barranquilla de 1898. GANGA fue el nombre que dio al villorrio donde puso el escenario de sus personajes típicos, o sea, nuestra Barranquilla de hoy, transformada en ciudad cosmopolita. Novela mediocre y vulgar, falsa en el fondo, semillero de exageraciones y denuestos.

¿Fue por venganza por lo que publicó Bobadilla esa novela?
¿Fue que la vida social de Barranquilla ofrecía algo excepcional a la vista de un sagaz observador?

¿Por qué un hombre tan viajado como él, fue en la pobre Barranquilla de entonces donde halló material humano para tan satírica novela?

IV. Viajaba Bobadilla a fines del siglo pasado como agente de la compañía de seguros *La Equitativa*, de New York, y colocó aquí un crecido número de pólizas, merced al mágico don de simpatía y al prestigio de escritor de que gozaba; pero fue tan grande la indignación que produjo la crónica del paseo en el *López Penha*, que la mayor parte de los asegurados rechazaron las pólizas con enojo.

El fracasado agente en Barranquilla de *La Equitativa*, escribía desde Bogotá cuatro meses después del desaguisado, a un amigo de esta ciudad la siguiente angustiosa carta:

Barranquilla, 21 de octubre de 1898

Sr. Dn. Miguel Segre.

Barranquilla.

Muy estimado amigo:

He escrito a varios amigos de Barranquilla a fin de que hablen con los señores que se aseguraron conmigo en ésa y que ahora se niegan a tomar esas pólizas. No comprendo, francamente, semejante informalidad, pues si estos señores no querían asegurarse, han podido decirlo a tiempo y no haberme hecho trabajar inútilmente, bajo aquel Sol abrasador, y agotado por aquellos arenales. Mi situación económica deja mucho que desear, claro es que trate de no empeorarla.

Si hubiera sido uno o dos el que hubiera rechazado la póliza no sería tan grande el perjuicio, pero han sido todos menos tres, los que se niegan a aceptar sus pólizas sobre perder las comisiones que me corresponden; tengo que abonar a la Compañía a \$ 500 oro por cada póliza rechazada, puesto que de ella no depende el fracaso. Le ruego, pues, que trate de convencer a esos señores a fin de que acepten las pólizas, de lo contrario me veré en el caso de desembolsar un dinero que mi familia necesita. Yo creía que mi carácter de cubano pobre, perseguido, implicaba algo para los que pusieran su firma en documentos de negocios míos. Veo que la poca estimación por mí ha prevalecido en el ánimo de esos señores, cuya conducta no ha podido menos de sorprenderme. Hasta ahora he empleado medios amistosos; pero si persisten en su resolución tengo medios para no dejarme burlar. Al pie le doy la lista de los que rechazan las pólizas.

Aquí he hecho poco negocio. Me han recibido y tratado a cuerpo de rey y raro es el día en que no me dan una comida y un almuerzo, pero necesito hacer recursos.

Pronto me tendrá en ésa, de donde seguiré para Francia.

Consérvese bien y mande a su amigo que lo aprecia.

Emilio Bobadilla.

Don Miguel Segre era otro contertulio de La Mina.

V. Anduvo siempre Bobadilla errante en inquietud vertiginosa y visitó muchos países de América y de Europa, excursiones que dieron tema descriptivo a muchos de sus escritos.

Pasó los últimos años de su vida en Bayona, donde escribió muchas páginas que destilaban honda melancolía, en las cuales se quejaba de la perfidia de algunos falsos amigos que lo estafaron y empobrecieron; y en fin, en 1920, dejó de existir en Biarritz, a la edad de cincuenta y dos años, prematuramente envejecido.

Dejó a su muerte un sobrenombre a Barranquilla: GANGA, ya imborrable, y un repertorio literario cuyos materiales, casi todos, han pasado de moda y caído en total olvido.

ALGUNOS PÁRRAFOS DE “A FUEGO LENTO”

Tomado de: CANDIL, Fray. A fuego lento.

En: Biblioteca de Autores Cubanos 31.

La Habana : La Universidad, 1965. p. 1—11

Llovía, como llueve en los trópicos: torrencial y frenéticamente, con mucho trueno y mucho rayo. La atmósfera, sofocante, gelatinosa, podía mascarse. El agua barría las calles que eran de arena. Para pasar de una acera a otra se tendían tablones, a guisa de puentes, o se tiraban piedras de trecho en trecho, por donde saltaban los transeúntes, no sin empaparse hasta las rodillas, riendo los unos, malhumorados los otros. Los paraguas para maldito lo que servían, como no fuera de estorbo.

A pesar del aguacero, el cielo seguía inmóvil, gacho, uniforme y plomizo. La gente sudaba a mares, como si tuviera dentro una

gran esponja que, oprimida a cada movimiento peristáltico, chorrease al través de los poros. Hasta los negros, de suyo resistentes a los grandes calores, se abanicaban con la mano, quitándose a menudo el sudor de la frente con el índice que sacudían luego en el aire a modo de látigo.

En las aceras se veían grupos abigarrados y rotos que buscaban ávidamente donde poner el pie para atravesar la calle. El río, color de pus, rodaba impetuoso hacia el mar, con una capa flotante de hojas y ramas secas. Tres gallinazos, con las alas abiertas, picoteaban el cadáver hinchado de un burro que tan pronto daba vueltas, cuando se metía en un remolino, como se deslizaba sobre la superficie fugitiva del río.

Ganga era un villorrio compuesto, en parte, de chozas y, en parte, de casas de mampostería, por más que sus habitantes – que pasaban de treinta mil–, negros, indios y mulatos en su mayoría, se empeñasen en elevarle a la categoría de ciudad. Lo cual acaso respondiese a que en ciertos barrios ya empezaban a construirse casas de dos pisos, al estilo tropical, muy grandes, con amplias habitaciones, patio y traspatio, y a que en las afueras de la ciudad no faltaban algunas quintas con jardines, de palacetes de madera que iban, ya hechos, de Nueva York, y en las cuales quintas vivían los comerciantes ricos

Ganga no era una ciudad, mal que pesara a los gangueños, que se jactaban de haber nacido en ella como puede jactarse un inglés de haber nacido en Londres.

–“Yo soy gangueño y a mucha honra” –decían con énfasis, y cuidado quién se atrevía a hablar mal de Ganga.

Tenían un teatro. ¿Y qué? ¡Para lo que servía! De higos a brevas aparecían unos cuántos acróbatas muertos de hambre, que daban dos o tres funciones a las cuales no asistían sino contadas familias con sus chicos. Se cuenta de una compañía de cómicos de la lengua que acabó por robar las legumbres en el mercado. Tan famélicos estaban. Al gangueño no le divertía el teatro. Lo que, en rigor, le gustaba, amén de las riñas de gallos, era empujar el codo. No se dio el caso de que ninguna taberna quebrase. ¡Cuidado si bebían aguardiente! *Ajumarse*, entre ellos, era una gracia, una prueba de virilidad.

[...] Al cabo de tres horas escampó, pero no del todo. Una llovizna monótona, violácea, desesperante, empañaba como un vaho pegadizo la atmósfera. El calor, lejos de menguar, aumentaba. De todas partes brotaban, por generación espontánea, bichos de todas clases y tamaños, que chirriaban a reventar, sapos ampulosos que se metían en las casas y, saltando por la escalera, peldaño a peldaño, se alojaban tranquilamente en los catres. A la caída de la tarde empezaban a croar en los lagunajos de la calle, y aquello parecía un extraño concierto de eructos. Los granujas les tiraban piedras o les sacudían palos y puntapiés, que ellos devolvían hinchándose de rabia y escupiendo un líquido lechoso. El aire se poblaba de zancudos, que picaban a través de la ropa, y de chicharras estridentes que giraban en torno de las lámparas. Del alero de los tejados salían negras legiones de murciélagos que se bifurcaban chillando en vertiginosas curvas. A lo lejos rebuznaban asmáticamente los pollinos.

Ganga no difería cosa de los demás puertos tropicales. Muchas cocinas humeaban al aire libre, y de las carnicerías y los puestos de frutas emanaba un olor a sudadero y droguería.

[...] Las mujeres del pueblo, indias, negras y mulatas, no gastaban jubón; mostraban el pecho, el sobaco, las espaldas, los hombros y los brazos desnudos. Tampoco usaban medias, y muchas, ni siquiera zapatos o chanclos.

Los chiquillos andorreaban en pelota por las calles, comiéndose los mocos o hurgándose en el ombligo, tamaño de un huevo de paloma, cuando no jugaban a los mates o al trompo en medio

de una gritería ensordecedora. Otras veces formaban guerrillas entre los de uno y otro barrio y se apedreaban entre sí, levantando nubes de polvo, hasta que la policía, indios con caquis de yanquis, ponía paz entre los beligerantes, a palo limpio. ¡Qué beligerantes! Al través de la piel asomaban los omoplatos y las costillas; la barriga les caía como una papa hasta las ingles; las piernas y los brazos eran de alambre, y la cabeza, hidrocefálica, se les ladeaba sobre un cuello raquíptico mordido por la escrófula, tumefacido por la clorosis.

[...]. El general tenía, pared en medio de su casa, una tienda mixta en que vendía al por mayor vino, tasajo, arroz, bacalao, patatas, café, aguardiente, velas, zapatos, cigarrillos, no siempre de la mejor calidad. Se graduó de general como otros muchos, en una escaramuza civil en la que probablemente no hizo sino correr. En Ganga los generales y los doctores pululaban como las moscas. Todo el mundo era general cuando no doctor, o ambas cosas en un sola pieza, lo que no les impedía ser horteras y mercachifles a la vez. Uno de los indios que tenía a su servicio don Olimpo Díaz, era coronel; pero como su partido fue derrotado en uno de los últimos carnavalescos motines, nadie le llamaba sino Ciriaco a secas, salvo los suyos. Cualquier curandero se titulaba médico; cualquier rábula, abogado. Para el ejercicio de ambas profesiones bastaban uno o dos años de práctica hospitalaria o forense. Hasta cierto charlatán que había inventado un contraveneno para las mordeduras de las serpientes, *Euforbina*, como rezaban los carteles y prospectos, se llamaba Asimismo *doctor*, con la mayor frescura. Andaba por las calles, de casa en casa, con un arrapiezo arrimadizo a quien había picado una culebra, y al que obligaba a cada paso a quitarse el vendaje para mostrar los estragos de la mordedura del reptil juntamente con la eficacia *maravillosa* de su remedio. A no larga distancia suya iba un indio con una caja llena de víboras desdentadas que alargaban las cabezas, sacando la lengua fina y vibrátil por los alambres de la tapa. En los grandes carteles fijos en las esquinas, ahitos de términos técnicos, se exhibía el *doctor*, retratado de cuerpo entero, con patillas de boca de hacha, rodeado de boas, de culebras de cascabel, coralillos, etc. Sobre la frente le caían dos mechones en forma de patas de cangrejo.

Los habitantes de Ganga se distinguían además por lo tramposos. No pagaban de contado ni por equivocación. De suerte que para cobrarles una cuenta, costaba lo que no es decible. Como buenos trapeceistas, todo se les volvía firmar contratos que cumplían tarde, mal o nunca, que era lo corriente.

Los vecinos se pedían prestado unos a otros hasta el jabón.

– Dice misia Rebeca que si le puede *emprestá* la escoba y mandarle un huevo porque los que trajo esta mañana del *meicao* estaban *toos* podrido.

– Don Severiano, aquí le traigo esta letra a la vista.

– Bueno, viejo, vente dentro de dos o tres días, porque hoy no tengo plata.

Y se guardaba la letra en el bolsillo, tan campante. Don Severiano era banquero.

[...].

La vida, durante la noche, se concentraba en la plaza de la Catedral, donde estaba, de un lado, el *Círculo del Comercio*, y del otro, *El Café Americano*. Las familias tertuliaban en las aceras o en medio del arroyo hasta las once. En el silencio sofocante de la noche, la salmodia de las ranas alternaba con el rodar de las bolas cascadas sobre el paño de los billares y el ruido de las fichas sobre el mármol de las mesas.

La calma era profunda y bochornosa. El cielo, a pedazos de tinta, anunciaba el *aguacero* de la madrugada o tal vez el de la media noche. [...].